

W

**WORKING
PAPERS**

290

Micropolítica de los espacios públicos interiores

SILVINA VÁZQUEZ



Institut de Ciències Polítiques i Socials
Adscrit a la Universitat Autònoma de Barcelona

Micropolítica de los espacios públicos interiores

SILVINA VÁZQUEZ

investigadora del
Centre d'Estudis d'Opinió, CEO

WP núm. 290

Institut de Ciències Polítiques i Socials
Barcelona, 2010

El Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) es un consorcio creado en 1988 por la Diputación de Barcelona y la Universitat Autònoma de Barcelona, institución esta última a la que está adscrito a efectos académicos.

“Working Papers” es una de las colecciones que edita el ICPS, previo informe del correspondiente Comité de Lectura, especializada en la publicación -en la lengua original del autor- de trabajos en elaboración de investigadores sociales, con el objetivo de facilitar su discusión científica.

Su inclusión en esta colección no limita su posterior publicación por el autor, que mantiene la integridad de sus derechos.

Este trabajo no puede ser reproducido sin el permiso del autor.



Edición: Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS)
Mallorca, 244, pral. 08008 Barcelona (España)
<http://www.icps.cat>

© Silvina Vázquez

ISSN: 1133-8962

Crisis de soberanía

Posiblemente uno de los desafíos más extraordinarios para la teoría política del siglo veintiuno sea la plena incorporación de los dilemas del pensar sobre la polis y el ciudadano a partir del reconocimiento de su pluralidad interna así como también de su condición de intermediario entre su mundo comunitario y una interioridad doblemente marcada por los componentes de omnipotencia e impotencia (desamparo) que impregnan la mente del grupo y la psique individual.

Aunque las investigaciones de Sigmund Freud sobre los aspectos no conscientes del pensamiento humano fueron elaboradas hace ya un siglo, y a pesar del profundísimo impacto que ello supuso para la medicina y la psiquiatría; a la teoría política contemporánea aun le resulta complicado el tomar en cuenta a un ciudadano que ya no responde a las características diáfanas que la modernidad había atribuido a su pensamiento. El ciudadano de pensamiento pilotado o topográfico¹, consumidor y almacenador de objetos mentales, depredador insaciable de memorias comunitarias, y soberano último de sus elecciones, muestra síntomas claros de agotamiento. Tal vez no se trate sólo de una cierta dificultad de la ciencia política para integrar el descubrimiento freudiano de las dimensiones no conscientes del pensamiento, sino más bien de atender a aquello que por primera vez Freud denominó *id* o Ello como un fenómeno de raigambre política y no meramente psicológica.

Uno de los rasgos que nos posibilitan una lectura de Freud en clave de teoría política es el lenguaje que utiliza a la hora de describir los fenómenos complejos que se manifiestan en la psique individual²:

Vemos ahora al yo con todas sus energías y debilidades. Se halla encargado de importantes funciones; por su relación con el sistema de la percepción establece el orden temporal de los procesos psíquicos y los somete al examen de la realidad (...) Este dominio es, de todos modos, más formal que efectivo. Por lo que respecta a la acción, se halla el yo en una situación semejante a la de un monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del Parlamento (...) El contenido del Ello puede pasar al yo por dos caminos distintos. Uno de ellos es directo, y el otro atraviesa el ideal del yo (...) El yo progresa desde la percepción de los instintos hasta su dominio y desde la obediencia a los instintos hasta su coerción (...) El psicoanálisis es un instrumento que ha de facilitar al yo la progresiva conquista del Ello³. (La cursiva es nuestra).

Con la ayuda de los recursos retóricos de los que hace gala constantemente, Freud representa al yo del individuo como un monarca constitucional. Por un lado, este monarca tiene

¹ Roiz, *El experimento moderno: política y psicología a finales del siglo XX*, Trotta, Madrid, 1992, p. 42.

² Roiz, *La Recuperación del Buen Juicio. Teoría política en el siglo veinte*. Editorial Foro Interno, colección Rétor, Madrid, 2003, pp. 304-307.

³ Sigmund Freud, *El Yo y el Ello* (1923), en *Obras Completas*, vol. VIII, traducción de Luis Lopez-Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 2726.

trato habitual con su Parlamento, refrenda sus leyes o veta sus propuestas. Es, podríamos decir, la parte ejecutiva del gobierno que cumple la función de autorizar con toda la fuerza de la que es investida la acción externa de la persona en el mundo⁴. Pero este monarca es, ante todo, el custodio celoso de unos límites al interior de su propio territorio. Desde los inicios mismos de la vida psíquica este yo-monarca se sentirá amenazado en sus propias fronteras por las incursiones diurnas y nocturnas de unos agentes que atraviesan sin su permiso los controles que, muy a pesar de la coerción de su voluntad o de los más elaboradas principios proclamados desde el Parlamento, insisten en rebelarse contra la constitucionalidad de su gobierno.

Se entiende por un lado que, a cuanto mayor vigilancia y represión en el territorio de la conciencia del yo mayor será, por otro lado, la rebelión del Ello que no desiste en hacerse escuchar. Surge entonces la subversión del *soma* o de buena parte de la psique y con ella el conflicto, produciendo así diversos síntomas de índole neurótica o psicótica según la gravedad del caso. Es decir: según la intensidad del conflicto prácticamente bélico entre el yo y el Ello. Que Freud seleccione un abanico de metáforas, analogías y correspondencias con el lenguaje propio de la política y, también, de lo militar no forma parte de una técnica de explicación o convencimiento de su audiencia. Sostenemos, por el contrario, que Freud describe precisamente y con profundidad retórica un fenómeno complejo de relaciones intra-psíquicas en el individuo, pues éste es un ámbito político *per se*.

Términos como culpa y ley, voces extraídas del foro judicial, represión, ataque o amnesia⁵ aparecen en el lenguaje psicoanalítico para explicar aquello que hoy podríamos entender cómo la *gobernanza del ciudadano*⁶. Las metáforas políticas, a las que el psicoanálisis recurre una y otra vez y que tienden un puente con lo que parece ser el funcionamiento de un estado moderno, en realidad apuntan a desentrañar y hacer viable el gobierno de la vida del ciudadano. Es este puente entre el gobierno de la polis y la conducción de las realidades psicosomáticas del individuo lo que nos permite pensar en las teorías del psicoanálisis como estudios de micropolítica. Un ejemplo de esto queda estupendamente plasmado en las consideraciones de Freud sobre la hipnosis o sugestión:

De este modo quedamos preparados para admitir que la sugestión (o, más exactamente, la sugestibilidad) es un fenómeno primario irreductible, un hecho fundamental de la vida anímica humana. Así opinaba Berheim, de cuyos asombrosos experimentos fui testigo presencial en 1989. *Pero recuerdo también haber experimentado por entonces una oscura animosidad contra tal tiranía de la sugestión. Cuando oía a Berheim interpelar a un enfermo poco dócil con las palabras "¿qué hace Usted? Vous vous contre-suggestionez!", me decía a mí mismo que aquello constituía una*

⁴ Algo que podríamos entender como el control consciente de los actos. Sin embargo, esta expresión, aparentemente razonable, nos deja con dudas. Javier Roiz se pregunta, por ejemplo, si con control consciente de nuestros actos nos estamos refiriendo a un plan previamente establecido por el yo, que posteriormente ejecuta, o se trata más bien de "hechos que se precipitan de dentro afuera sin saber bien por qué se han producido o quién los ha autorizado". Roiz, "Sobre la Tolerancia en la Sociedad Vigilante", *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 13, n. 43 (2008), p. 109.

⁵ La palabra amnistía, el olvido de delitos políticos, tiene su raíz en la palabra amnesia, que proviene del griego, a + mnásthai, es decir: no recordar.

⁶ Roiz, *La recuperación del Buen Juicio*, p.319.

injusticia y una violencia. El sujeto poseía un evidente derecho a “contra-sugestionarse” cuando se le intentaba dominar por medio de sugerencias⁷. (La cursiva es nuestra).

El rechazo de Freud de la tiranía de la sugestión o hipnosis⁸ juntamente con la publicación de *La interpretación de los sueños*⁹, en 1901, señalan el inicio del viaje de un médico vienés intensamente comprometido con los criterios más autoritarios de la ciencia del siglo diecinueve hacia nuevos caminos. Había descubierto que la sugestión de los expertos no garantizaba el convencimiento de aquel que necesitaba ayuda, y aunque lo hiciera, esto no era algo necesariamente meritorio; es más, era una acción, según él, profundamente violenta e injusta. Cambió la hipnosis por el *principio de libre asociación de ideas* en la mente del paciente-ciudadano y comenzó a experimentar la curación de las dolencias a partir de la palabra. Con ello iniciaba, en los albores del siglo veinte, una tarea de recuperación de profundas raíces retóricas y democráticas.

Impotencia y vigilancia

Una lectura posible sobre “*la progresiva conquista del Ello*” por parte del yo –gracias a las técnicas de domesticación propuestas por los precursores psicoanalistas– podría lógicamente desembocar en lo que el propio Freud se atrevería a caracterizar, en su correspondencia con Albert Einstein, como *dictadura de la razón*. Algo así como un gobierno despótico, pero benigno, claramente orientado al control férreo y la expansión invasiva del yo sobre el continente del Ello. En teoría, esta invasión vigilante permitiría sofocar el conflicto interno y liberar al yo de parte de *sus servidumbres*¹⁰. Se trataría de completar así el proyecto científico de la Ilustración, no ya luchar contra las tiranías externas de los estados y las naciones, sino también liberarse de la tiranía del Ello, que Freud identifica con *los mandatos* de la vida instintiva y con la supra idealización del yo, especialmente manifiesta, según nos describe, en los cánones de la cultura occidental¹¹.

⁷ Freud, *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921), en Obras Completas, vol. VII, p. 2576.

⁸ En su autobiografía explica que en sus inicios, su “arsenal terapéutico no comprendía sino dos armas, la electroterapia y la hipnosis”. Freud, *Autobiografía* (1925), en Obras Completas, vol. VII, p. 2766. También relata que pronto abandonó la idea de la curación a partir del electroshock por la profunda decepción que le produjo descubrir que “la obra del primer neuropatólogo alemán [se refiere a W. Erb] no tenga más relación con la realidad que un libro egipcio sobre los sueños, como los que se venden en baratillos, me fue hartamente doloroso, pero me ayudó a libertarme de un resto de mi ingenua fe en las autoridades”, *ibídem*.

⁹ Freud, *La interpretación de los sueños*, traducción de Luis López-Ballesteros, Planeta, Buenos Aires, 1992.

¹⁰ Freud, *El Yo y el Ello* (1923), en Obras Completas, vol. VII, pp. 2721-2728

¹¹ “Este super-yo es tanto el representante del Ello como el del mundo exterior. Ha nacido por la introyección en el yo de los primeros objetos (...) el padre y la madre (...) El super-yo conservó así caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su rigor, y su inclinación a la vigilancia y el castigo. El super-yo, o sea la conciencia moral que actúa en él, puede, pues, mostrarse dura, cruel, e implacable contra el yo por él guardado. El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del complejo de Edipo”. Freud, *El problema económico del masoquismo* (1924), en Obras Completas, vol. VII, p. 2757.

La dureza y convicción médica con la que Freud se refiere al tema de los instintos y las pulsiones es realmente algo complejo y angustiante de integrar, sobre todo desde el punto de vista político. Sus teorías sobre los dos tipos de pulsiones, eróticas y tanáticas, en el individuo¹², toman en algunos de sus trabajos un carácter biológico profundamente determinista, antes que pesimista. En especial la idea, desarrollada en 1920 acerca de una fuerza mortífera innata en el ser humano que lo impulsa, más allá de toda elaboración, a la destrucción de su entorno o a su propia autodestrucción¹³ se acerca demasiado a la implantación de lo inherente en el carácter del individuo y con ello, la consiguiente cancelación de su libertad. Una lectura política de la obra freudiana que no pudiese desencallar de sus consideraciones sobre el instinto corre el riesgo de naturalizar elementos importantes de la contingencia política¹⁴. Tal vez el ejemplo retórico más claro en este sentido sea la importancia que ha tenido para la filosofía política de la modernidad el tropo del estado de naturaleza, tanto en su forma violenta o destructora como en su forma benigna y romántica. El problema, tanto en el caso de la idea de un estado natural como de pulsión instintiva, parte de sus respectivas definiciones de universalidad, y por tanto, de inevitabilidad.

¹² Freud, *Más allá del principio del placer* (1920), en *Obras Completas*, vol. VII, pp. 2507-2541.

¹³ “El que el fin de la vida fuera un estado no alcanzado nunca anteriormente, estaría en contradicción con la Naturaleza, conservadora de los instintos. Dicho fin tiene que ser un estado antiguo, un estado de partida, que lo animado abandonó alguna vez y hacia lo que tiende por todos los rodeos de la evolución. Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico, podremos decir: la meta de toda vida es la muerte. Y con igual fundamento: Lo inanimado era antes que lo animado”. Freud, *ibid.* p. 2526 Es importante resaltar, sin embargo, que el propio Freud es muy cauto y prudente respecto a estas especulaciones sobre los dos tipos de instintos y en reiteradas oportunidades repite que se debe estar “siempre dispuestos a abandonar (...) en el momento que veamos que no conduce a nada útil el camino seguido” y que “sólo aquellos crédulos que pidan a la ciencia un sustitutivo del abandono del catecismo podrán reprochar al investigador (...) la modificación de sus opiniones” (p. 2541).

¹⁴ Este sentido opresivo que empieza y acaba en la adopción de criterios biológicos y de las ciencias físicas y naturales es también fuertemente criticado por Félix Guattari en su estudio micropolítico. El psicoanalista y filósofo francés lo denomina complejo de infraestructura, en una metáfora que conjuga marxismo con psicoanálisis de forma, quizás, un poco truculenta. Entiende Guattari que: “Los maleficios de este complejo se han ejercido en el seno de las ciencias humanas y sociales a medida que éstas se han ido afirmando en las sociedades industriales. ‘Sea cual sea el campo considerado, provéannos de una base energéticamente cualificable y nosotros construiremos con ella una ciencia verdadera’. A partir de este paradigma se ha instaurado un ‘superyó entrópico’, que tiene como principal efecto colocar a quienes estaban preocupados por ello en la incapacidad de percibir un movimiento, una transformación, una alteración (...) sin que hubiera que remitirla a una misma economía energética fundada sobre los dos sacrosantos principios de la termodinámica”. Félix Guattari y Suely Rolnick, *Micropolítica. Cartografías del deseo, Traficantes de sueños*, Madrid, 2006, p. 251. El problema de la crítica post-estructuralista reside, a mi juicio, en que continua en cierta forma instalada en los mismos principios de los que aparentemente pretende emanciparse. Así, frente al problema de la percepción como pura inherencia –que es en el fondo la cuestión que está en juego: las leyes invariables (de hierro) de la historia, los complejos universales en el individuo– el postmodernismo termina proponiendo una dislocación, descentramiento, fragmentación, cualquiera sea el término escogido, igualmente inherente. En el caso de Guattari, por ejemplo, aunque rechaza las intenciones científicas por aprehender lo inconsciente (así pulsiones y libido deberían ser términos a descartar, sin embargo deseo, no) acaba por proponer un estudio modélico del Ello con nueve elementos que lo componen. Se trata, por tanto, de un estudio topográfico (y en este sentido reduccionista) de lo no cognoscible: “En otra ocasión me atreví –dice Guattari, casi como admitiendo la envergadura un poco omnipotente de su empresa– a proponer una modelización (...) una cartografía general de las formaciones del inconsciente, un modelo de inconsciente en el que esos diferentes modos de semiotización pudiesen articularse entre sí”, *Ibid.*, p. 247.

La pregunta, entonces, sería: ¿por qué o *en post de qué es necesario librar al yo de sus mandatos*? Una posible respuesta que el psicoanálisis asumirá como inobjetable vendría de la mano del principio de realidad. Realidad que contiene el viejo compromiso con la idea de verdad de sabios y filósofos¹⁵ y que Freud no abandona precisamente por considerarla la fuente terapéutica de la vida individuo. La reconciliación política entre el principio de realidad y las contingencias afectivas y somáticas prevenientes del Ello será la tarea asignada por Freud al yo del individuo. Esta legitimación despótica del yo como único garante de la vida anímica saludable del ciudadano guarda importantes analogías con la tarea que los filósofos políticos modernos venían ensayando como diversas soluciones a las contingencias de la vida en común.

Una tarea que pobremente interpretada degenerará en mera adaptación del yo a la realidad social, pero que políticamente contiene una semilla muy diferente. Nos aventuramos a sugerir que esta tarea implica *la aceptación de la pluralidad democrática de la constitución de nuestra identidad y el abandono de la omnipotencia* de nuestro monarca interior, o, si se prefiere, el atemperamiento de las vigilancias de nuestro yo-ciudadano. Las enseñanzas de Freud, el rétor y teórico político, se asemejan bastante a una petición de principios republicanos dirigida a la soberbia soberana del yo:

El psicoanálisis procura (...) por fin decir al yo: "(...) una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad. Por eso es tan débil tu defensa (...) Confías en que todo lo que sucede en tu alma llega a tu conocimiento, por cuanto la consciencia se encarga de anunciártelo. Y cuando no has tenido noticia ninguna de algo, crees que no puede existir en tu alma. Llegas incluso a identificar 'lo anímico' con 'lo consciente'; esto es, con lo que te es conocido, a pesar de la evidencia de que a tu vida psíquica tiene que suceder mucho más de lo que llega a ser conocido a tu consciencia (...) *Te conduces como un rey absoluto, que se contenta con la información que le procuran sus altos dignatarios y no desciende jamás hasta el pueblo para oír su voz (...) Adéntrate en tí, desciende a tus estratos más profundos y aprende a conocerte a tí mismo*"¹⁶ (La cursiva es mía).

Identidad y omnipotencia

Para la teoría política actual el problema de la identidad se vuelve de importancia clave, ya que el cultivo de las democracias requiere de ciudadanos y ciudadanas preparados para el reconocimiento de las diferencias así como para la nutrición de las circunstancias que permitan la madurez de la psique. Desde esta orilla, ideología democrática y madurez de la identidad son dos conceptos correlativos.

¹⁵ Comenta Javier Roiz que, para los filósofos modernos, las distorsiones que opacan la mente del ciudadano provienen de dos tipos de fuentes: congénitas unas, y generadas por el ambiente o *milieu*, las otras. Bien se trate de ídolos, prejuicios o fobias este tipo de deformaciones plantean una doble carga de sufrimiento e irrealidad para la vida del individuo. "Desde Bacon hasta nuestro días, son muchos los filósofos que han afrontado esta tarea. Desttut de Tracy, Helvetius, Holbach, Condillac, Hegel, Feuerbach, Marx, Nietzsche, son tan solo nombres sobresalientes de una colección bien nutrida de ellos. Unos hombres empeñados en realizar un trabajo en realidad terapéutico: conectar más directa e intensamente con la realidad". Roiz, "Los espacios públicos internos", *Revista de Estudios Políticos*, n. 58, octubre de 1987, pp. 121-122.

¹⁶ Freud, *Una dificultad del psicoanálisis* (1917), en *Obras Completas*, vol. VII, pp. 2435-2436.

Es importante remarcar, sin embargo, que identidad en este caso no se circunscribe al famoso principio de identidad aristotélico, en donde un objeto es lo que es, pongamos por caso A o B, pero no puede ser otro, B, D o Z, al mismo tiempo¹⁷. Puesto que el principio de identidad presupone, en el pensamiento de Aristóteles, el de no contradicción y la ordenación lineal del tiempo, implica, sin más, la negación de la diferencia (decimos que A es A, *puesto que no es B, D o Z...*). Aunque esta lógica tenga cierta vigencia en los momentos vigílicos de la vida es difícil comprometer en ella a otras dimensiones de especial vitalidad que forman parte de la interioridad política del ciudadano.

Tal vez sea éste el descubrimiento freudiano más valiente e inquietante para la micropolítica de la ciudadanía: tiempo y no contradicción no son principios válidos en el continente del Ello¹⁸. Y esto es como admitir que la identidad allí no rige; o no nos es útil para comprender y percibir a las fuerzas primordiales que desde este continente operan. Un ejemplo cotidiano arriba a la superficie del yo a través de los sueños. Mientras duerme, el ciudadano puede, por ejemplo, encontrarse en Roma y Buenos Aires al mismo tiempo (decimos: no es que pueda desplazarse de una ciudad a otra, sino que *está en ambas ciudades a la vez*), o puede ser persona y animal simultáneamente, o un agricultor de los campos de maíz que crecen en la luna. El discernimiento y *principium individuationis* del que deriva, es decir, la operación mental que nos permite segregar un objeto de otro, sencillamente aquí no funciona.

Por otro lado, las incursiones del Ello no se circunscriben a las horas del sueño. Existen, por el contrario, tanto las ensoñaciones diurnas, como los enamoramientos, los terrores ancestrales que se subliman bajo acciones a plena luz día como las inspiraciones artísticas o científicas que nos permiten componer o disfrutar de una obra de arte o de una teoría. También existen la seducción del líder y la despersonalización del grupo.

Aunque la rigidez lógica de la identidad no funcione en el ámbito no consciente del pensamiento humano, parecería ser, según Freud lo entiende, que sí existe la identificación, y también la catexis¹⁹ del objeto de referencia por parte del yo del ciudadano. En el fondo, en tanto que el yo aparece como una superficie sedimentada sobre las fuerzas no cognoscibles del Ello

¹⁷ “Es imposible que lo mismo se dé y no se dé en lo mismo a la vez y en el mismo sentido (...) Éste es el más firme de todos los principios (...) Es imposible que un individuo, quienquiera que sea, crea que lo mismo es y no es, como algunos piensan que Heráclito dice. Y es que si no es posible que los contrarios se den a la vez en lo mismo (...) y si la opinión que contradice a otra opinión es su contraria, es evidente que es imposible que el mismo individuo crea que lo mismo es y no es (...) Por eso, todos los que llevan a cabo demostraciones se remiten, en último término, a este convencimiento: porque, por naturaleza, él es principio también de todos los demás axiomas”. Aristóteles, *Metafísica*, Gredos, Madrid, traducción de Tomás Calvo Martínez, 1005b, pp. 173-174.

¹⁸ “El principio kantiano de que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de nuestro pensamiento, hoy puede ser sometido a discusión como consecuencia de ciertos descubrimientos psicoanalíticos. Hemos visto que los procesos inconscientes se hallan “fuera del tiempo”. Esto quiere decir que, en primer lugar, no pueden ser ordenados temporalmente, que el tiempo no cambia nada en ellos y que no se les puede aplicar la idea del tiempo”. Freud, *Más allá del principio del placer*, p. 2520.

¹⁹ Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), en *Obras completas*, vol. VII, pp. 2585-2588.

está de alguna forma en permanente intercambio con él. Y, aunque tienda también a diferenciarse a través de diversos controles mediante los que experimenta la realidad externa, permanece genéticamente ligado a esta matriz insondable de la que el propio yo emerge. En otras palabras, los poderosos sentimientos de la identidad –decisivos para la continuidad espacial y temporal de la *polis*– se entrelazan a partir de emociones y pensamientos conscientes y no conscientes²⁰.

Según Freud, la forma en que el ciudadano va elaborando sus identificaciones se torna relevante puesto que a través de ellas se cristalizan sus primeros enlaces afectivos con el mundo exterior. Su naturaleza es profundamente ambivalente, puesto que tanto puede manifestar un deseo de cariño y cuidado como uno de supresión u hostilidad²¹. Es, por otra parte, difusa e inaprensible desde el punto de vista del yo. Estas vinculaciones afectivas comienzan antes que el yo se consolide como tal, esto es, en la vida infantil. Sus tentativas primigenias son ensayos un poco omnipotentes: tanto en los niños como en los grupos primitivos o arcaicos las primeras identificaciones se desarrollan como formas de incorporar o *comerse* al objeto²². Es decir, *como formas totalizadoras de fusión y trituración del objeto*, que tanto puede ser animado como inanimado.

Si las contingencias del ambiente material, afectivo y mental son alentadoras, es posible que –en un segundo momento– las formas de identificación del ciudadano maduren y, en estos casos afortunados, ya no sería necesaria una identificación de tipo simbiótica. Un pasaje hacia unas relaciones identitarias un poco más elaboradas podría fructificar. Las urgencias omnipotentes por incorporar hacia adentro –*comiendo* o fagocitando y, por tanto, destruyendo– al objeto amado o expulsar hacia fuera el objeto odiado (por ejemplo: un amigo, un maestro, un país) se transformarían entonces en algo parecido a *una elección del objeto*²³. El ciudadano continúa añorando y, en cierta forma, necesita aún *tener* sus objetos amados (sus padres, su grupo de referencia, sus colegas o compañeros de trabajo, por mencionar tan sólo algunos de ellos). Sin embargo, al apaciguarse la compulsión simbiótica puede *seleccionar* ciertas partes de estos

²⁰ León Grinberg y Rebeca Grinberg, *Identidad y cambio*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 20

²¹ Freud instala en etapas arcaicas del yo y sus identificaciones el deseo de supresión del objeto cristalizado a través del complejo de Edipo, algo que fácilmente podría interpretarse como una pulsión de agresión. Heinz Kohut, por su parte, reelabora esta idea argumentando que la agresión no debería ser interpretada tanto como un imperativo biológico de destrucción sino como una respuesta reactiva a diferentes experiencias traumáticas en las que el agente se encuentra inmerso. “*In other words if left alone I do not believe that people would develop great urges to destroy, even though they have the capacity to respond aggressively. I think that the aggressive urge, with its quality of drivenness, that this drive toward destructiveness, that these aggressive fantasies are always mobilized for specific reasons. The aggressive urge always arises under very specific psychological circumstances*”. Kohut, The Chicago Institute Lectures, en <http://www.psychologyoftheself.com/iapsp/index.htm>, (1/12/08).

²² Freud traza una analogía entre los estados mentales del niño, de la horda primitiva e, incluso, del canibalismo. “Durante esta fase (...) el sujeto se incorporaba al objeto ansiado y estimado, comiéndoselo, y al hacerlo así lo destruía. Sabido es que el caníbal ha permanecido en esta fase: ama a sus enemigos, gusta de ellos o los estima para comérselos, y no se come sino a aquellos a quienes ama desde este punto de vista”. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, p. 2585.

²³ León Grinberg y Rebeca Grinberg, *Identidad y cambio*, pp. 70-72.

referentes sin fusionarse con ellos. Puede escuchar al otro sin dejarse arrebatar por el pánico a ser invadido; puede dar prestigio al diferente sin por ello exigirle una renuncia incondicional o una conversión a cambio. Puede re-conocer en el otro (*el extranjero, el desamparado, el desposeído*) un barrio en miniatura de su propia ciudad interna. Emergerían –y mantener el verbo en su forma condicional es importante– unos vínculos afectivos y políticos más libres y creativos en el seno de la polis.

Yo y Self de la ciudadanía

En el vocabulario y la literatura del psicoanálisis, tanto los términos *ego* o *yo* como *self* se emplean con frecuencia, si bien no son intercambiables y existen varias discusiones en cuanto al arco de interpretaciones que evocan y el campo de experiencia que intentan definir²⁴. En teoría política, por el contrario, lo que suele imperar es el tratamiento del ciudadano como un *ego* o *yo*, cuando se refiere a los individuos, y de un *nosotros* o *ellos* (en los cuales *ego* se sigue proyectando como nudo de referencia) cuando se piensa en términos de grupo. Claro que en política, y muy especialmente en teoría política, *ego* o *yo*, y su prolongación a través del *nosotros* o *ellos*, viene envuelto por otros nombres: sujeto y actor, acuden a la mente de forma más o menos rápida; pero también podríamos pensar en los usos de los términos individuo, persona, agente y, sobre todo últimamente, *identidad*.

Desde un punto de vista psicológico, no obstante, el *ego* o el *yo* son conceptos útiles en la medida que denotan:

Un conjunto de procesos psicológicos tales como pensar, percibir, recordar, sentir, que tienen una función organizativa y de regulación en relación con el *self* y que son responsables del desarrollo y ejecución de un plan de acción para lograr la satisfacción de los impulsos internos, por un lado, y por otro las exigencias ambientales²⁵.

Importante es recalcar, entonces, que *ego* o *yo* tiene una función política precisa *in foro interno* pero que no es la única ni la última autoridad en este ámbito. Organiza, regula y ejecuta *los planes de acción* del ciudadano. Como Freud metaforizaba es el monarca constitucional con pretensiones de soberanía²⁶ que madura, *si madura*, a partir de su relación con una multitud de espacios externos e internos, públicos y privados, muchos de ellos secretos, incluso para el propio *yo*.

Desde una perspectiva micropolítica, es factible mantener que para el *ego* o *yo* del ciudadano la comprensión profunda de sus realidades interiores –así como el reconocimiento de la

²⁴ Ibid., pp. 28-29.

²⁵ Ibid., p. 30.

²⁶ Al mencionar a este monarca que es el *yo*, Freud juega con una ambigüedad interesante. Por momentos, el *yo* aparece cargado de tareas trascendentales para la vida psíquica: sin que las leyes de su Parlamento sean refrendadas por él, nada puede ejecutarse (vemos aquí como sin saberlo Freud se hace eco de la metáfora republicana que equipara pensamiento y poder legislativo en la ciudad interna del individuo). Pero también se refiere al *yo* como “esa pobre cosa” agobiada desde dentro por las fuerzas irreconocibles del *Ello* y asfixiada desde arriba por los ideales tiránicos del *super-yo*. Freud, *El Yo y el Ello*, p. 2726.

pluralidad de su ciudad interna– implica un abandono de la omnipotencia y un relajamiento de los controles, igualmente omnipotentes, con los que tiende a defender su cohesión. En palabras de Heinz Kohut:

These views are in harmony with Freud's opinion that the discoveries of Copernicus and Darwin, like his own, constituted severe blows to the narcissism of man. These discoveries, I will add, rested first and foremost on the courageous overcoming of inner resistances, because the discoverers had to deprive themselves of an illusion which had protected them against coming face to face with the painful recognition of the relative smallness and insignificance of their selves²⁷.

El *self*²⁸ es, a diferencia del yo, un concepto psicológicamente más poroso y políticamente más tolerante con los complejos sustratos de la mente. En su representación y sus fantasías caben, por así decirlo, muchos de los barrios que componen la república interna del individuo. En el *self* abunda el espacio, y sobre todo el aire, que permite albergar diferentes dimensiones de la estructura psíquica del ciudadano. En él, las relaciones entre las características del cuerpo y la imagen consciente y pre-consciente del yo tienen cabida; así como también el ideal del yo y el superyó (como juicios de valores que pueden ser tanto conscientes como directamente adoptados desde el Ello), e, importantísimo para nuestro trabajo, el *self* alberga de forma tolerante las diversas fantasías, creativas o perversas, que tienen asiento en el Ello. Si reflexionar en torno al yo, tal y como Freud lo describe, nos evocaba la imagen de un monarca que mantiene una lucha de poder cruda y dominante con el *id* o Ello del ciudadano; pensar la micropolítica a través del *self* nos podría devolver a las verdades democráticas de su constitución. Un pensar que tal vez necesite trascender cualquier cartografía.

Los infantes de la polis

Un punto preocupante de la teoría política contemporánea es la displicencia con la que suele tratar a los infantes de la polis. Infantes, en este caso, refiere no sólo a los niños y bebés de la polis, sino también, como su significado latino indica, a los *in fans*²⁹, es decir: a los agentes *sin voz ni logos* tanto de la ciudad exterior como de nuestro mundo interno.

²⁷ Heinz Kohut, *The Search of the Self. Selected Writings of Heinz Kohut: 1950-1978*, vol. 2, International University Press, Connecticut, p. 842.

²⁸ Parte de la tradición psicoanalítica, y de la psicología profunda, ha optado por traducir el término *self* por el de sí mismo. Esta traducción, sin embargo, aunque ventajosa por su sencillez presenta algunas dificultades importantes. Desde la teoría psicológica, León y Rebeca Grinberg argumentan a favor de la adopción directa del término *self* al castellano en aras de distinguirlo analíticamente de otros conceptos tales como: personalidad, persona, sí mismo, uno mismo, ser, etc. Grinberg, *Identidad y cambio*, p. 37. Desde la teoría política, además, las connotaciones dialécticas de reflexividad y mismidad que la expresión sí mismo promueve nos parecen en cierta medida intoxicantes en relación a lo que el término *self* puede denotar, esto es: una relación de los componentes internos de la personalidad compuesta por una pluralidad de elementos que pueden estar en armonía o contraste pero que no se reducen necesariamente a una polaridad excluyente. Agradezco esta aclaración a Javier Roiz, quien propone para la teoría política la adopción, al menos transitoria, de la voz inglesa *self*.

²⁹ Roiz, *La Recuperación del Buen Juicio*, pp. 322-323.

En un sentido cotidiano, sin embargo, si intentamos pensar cómo la ciencia política percibe a la niñez, la preocupación puede ser incluso mayor. Puesto que al no gozar los niños y adolescentes de derechos políticos, muchas veces víctimas de una metonimia de privación, casi se los deja de percibir como ciudadanos. Por otro lado, no faltan las propuestas que, impacientes con esta ausencia de voz, precipitadamente se arrojan hacia la falsa consideración del niño³⁰. A los niños se los suele comparar con los adultos, se los rebaja hasta el punto de considerarlos tan sólo como potenciales mayores. Son seres humanos *en desarrollo*, se nos dice, como si se tratase de cintas enrolladas que el inevitable proceso de la vida política terminará por alisar y estirar. La educación cívica de la que tantas veces se hace alarde no significa, en este contexto, nada más que la implantación de contenidos y procedimientos que programan al infante para comportarse de forma adecuada a los parámetros de su grupo. Así, un niño destacará en función de su capacidad de mimetizarse con el adulto: “¡es muy maduro!”, “¡sabe tantas cosas!”, “¡este niño es una luz!”. Todas ellas expresiones habituales que a pesar del aparente reconocimiento de las cualidades del niño que declaman, son severos ataques del adulto al mundo infantil³¹.

Algo que se revela como muy distinto del sentido profundo de la voz latina educar³². Si educar es canalizar o conducir hacia fuera lo que se lleva dentro, una cuestión clave que el

³⁰ No es extraño atender a conversaciones sobre la idea de ciudadanía, sobre la interioridad del ciudadano, o sobre los problemas que a ellos afectan; como si en realidad ellos estuvieran definidos a partir de su capacidad de voto. En general, y salvo honradísimas excepciones, los niños y bebés de la *polis* son en el mejor de los casos para la teoría política, menores de edad a los que hay que vigilar y, sobre todo, abastecer; como si se trataran de meros receptáculos de almacenamiento para la ciudad futura. Más curioso y preocupante resulta, desde la perspectiva teórica, el intentar paliar lo que las teorías sistémicas y empíricas de la democracia denominan un déficit de ciudadanía ampliando el derecho de voto a los niños, siempre que éste sea ejercido por sus padres. Como comenta un reputado politólogo: “Con el Consejo de Europa estamos estudiando algunas propuestas: para paliar la falta de participación electoral de los jóvenes, por ejemplo, podría pensarse en dar el derecho de voto a los niños, que sería ejercido por los padres hasta su mayoría de edad. Es el concepto de una “ciudadanía universal”, que puede parecer algo descabellado, pero que se está planteando ya actualmente en algunos sectores en Alemania”. Philippe Schmitter, “Las democracias pueden ser más entretenidas y virtuosas” en *Clarín*, 27 de junio de 2004, Buenos Aires, <http://www.clarin.com/suplementos/zona/2004/06/27/z-03216.htm>, (13/7/2009).

³¹ En su estudio sobre la actividad mental fanatizada de Roc, un niño de 8 años, María Cristina Betrian sostiene que estos argumentos emuladores de la adultez en el niño son la manifestación de una formalidad programada y no genuinamente educada. Algo que ella relata en su encuentro con Roc: “Abro la puerta de mi despacho y encuentro un niño que me tiende la mano formalmente cuando su madre nos presenta (...) Enseguida me explica lo que ocurre, utilizando prácticamente las mismas frases empleadas por sus padres. Después de dejar claro que no quiere que nadie sepa que viene a este lugar de locos, se aligera e ilusiona al pensar que le ayudaré (...) Inmediatamente dice: “yo leo mucho”. Seguido, remarca con mucho interés que él es el descubridor y el primero que ha leído una colección de libros (...) Hacia el final de la sesión, en la que ya no acepta la sugerencia de jugar con los objetos de una caja dispuesta para esta actividad, empieza a hablar de un tema propio de adultos. Acabo con la sensación de estar con un hombre en pequeño”. (Cursiva en el original) María Cristina Betrian i Piquet, “Desvelando fanatismos cotidianos de la mano de un niño”, *Foro Interno*, n. 3, diciembre de 2003, pp. 15-16.

³² Ya el diccionario de la Real Academia Española parece inclinarse a la interpretación moderna del vocablo, definiéndolo como: “1) Dirigir, encaminar, adoctrinar y 2) Desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño o del joven por medio de preceptos, ejercicios, ejemplos, etc.”. Educar, sin embargo, considerado desde su origen latino alude al *ēdūcāre*, emparentado con *dūcĕre*, que quiere decir conducir, extraer o, más precisamente, *conducir o sacar hacia fuera (lo que se lleva dentro)*. Guido Gómez de Silva, *Diccionario etimológico de la lengua española*, Fondo de cultura económica, México, 1999, p. 241.

maestro o el político debería abordar sería cómo atender y escuchar, sin invadir ni descomponer aquello que habita dentro del niño-ciudadano y que puebla su mundo mental y emocional cuando todavía las fantasías que lo inundan son muy extremas y poderosas³³.

Desde el momento de su nacimiento³⁴ para el grupo y para la ciudad, el bebé de la *polis* se encuentra crudamente expuesto, al menos, a dos fuentes de profunda tensión y, también, de gratificación. Una, obviamente externa, proviene de su entorno de acogida. Está compuesta por todas las características y cualidades del grupo humano que le da la bienvenida al mundo exterior, así como también por todas las confluencias políticas en las que este grupo se inserta. Un niño que es recibido en períodos de guerra o privación, tanto al nivel íntimo familiar como al nivel público o político, aparecerá en un escenario significativamente más hostil que aquel bebé que llega en momentos de paz y alegría pública³⁵. De la manera en que el entorno materno³⁶ obre en este aspecto dependerá buena parte de la vida mental saludable, o no tanto, del ciudadano.

La otra fuente de gratificación y de dolor, para el bebé, está compuesta por su propio mundo de fantasías. Un mundo desbordante de imaginaciones que, gracias al cuidadoso y delicado estudio de Klein y sus discípulos³⁷, hoy podemos vislumbrar mucho mejor. Es importante recalcar

³³ Melanie Klein, "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé", en *Desarrollos en psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, p. 180.

³⁴ Tomamos el momento del nacimiento como punto de partida, un punto de partida que, no obstante, mantiene unos límites muy porosos con el mundo prenatal. Klein sostiene que: "Al principio de la vida postnatal el bebé experimenta ansiedad proveniente de fuentes internas y externas (...) La primera causa externa de ansiedad puede hallarse en la experiencia del nacimiento (...) Parecería como que el dolor e incomodidad sufridos por él, así como la pérdida del estado intrauterino, fueran sentidas como un ataque de fuerzas hostiles, es decir, como persecución", *Ibidem*.

³⁵ Thomas Hobbes evocaba este acontecimiento en su *Verse Life*: "Mother Dear, Did bring forth Twins at once, Both Me, and Fear". Los versos de Hobbes, escritos más de ochenta años después del día de su nacimiento, refieren seguramente a la atmósfera aterradora que recorría Inglaterra hacia 1588: la amenaza de la Armada Invencible, los primeros estruendos de la guerra entre protestantes y católicos, a punto de desembarcar en la isla. Como relata Michael Allen Gillespie: "*In 1588 a young woman lay in childbirth in a small vicarage in southwestern England. The baby was coming earlier than she'd expected. But then, she'd not expected those Catholics to come with all their ships either. It had terrified her. A foreign invasion, here in England! An invasion of Papists!...Fear was in the air, and everyone expected the worst*". Gillespie, *The Theological Origins of Modernity*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 2008, p. 207. Los versos de Hobbes citados por Gillespie, se recogen en Hobbes, *Elements of Law Natural and Political*, Penguin, New York, p. 254.

³⁶ Entorno materno que no es idéntico a la persona física de la madre, aunque en buena medida sea ella, como presencia o ausencia, quien aloja al niño desde su concepción biológica y psíquica. Si bien Melanie Klein, y en general la escuela kleiniana, pone especial énfasis en la figura de la madre; me gustaría recalcar especialmente que se trata de la figura, es decir: la percepción imaginada por el bebé como materna. Es éste, políticamente hablando, un intento de relajar o liberar de los condicionamientos de ciertos feminismos, tan en boga en la teoría política contemporánea, a la función materna. Sin menoscabo de la importancia biológica y psíquica que la mujer ostenta en este aspecto, nuestra hipótesis se acercaría hacia una consideración no tanto de la madre, sino de los maternos, en plural, y expresado de una forma que pudiera albergar tanto a la mujer como al hombre adulto.

³⁷ Hanna Segal relata que en la Sociedad Británica de Psicoanálisis existía un gran interés por las etapas iniciales de la vida psíquica y que esto facilitó, en sus comienzos, la inserción de Klein en Londres. Allí conoció a sus más cercanos colaboradores que desde diversos ámbitos ya venían trabajando con niños. Es

que, desde la perspectiva del bebé o del niño, este mundo imaginario es tan real y concreto como las maderas que recibe o los muñecos con los que juega. Las sensaciones en este ámbito están amplificadas a grados realmente complejos de entender para la mente del adulto; al que le es imposible acceder a través de la memoria roja a estos archivos de su biografía³⁸. En estos momentos de la vida del ciudadano, el paso de la dependencia total al desamparo absoluto puede producirse en cuestión de segundos y sin motivo aparente para sus cuidadores. El bebé y el niño sienten que se juegan la vida a cada instante; aunque su entorno se esfuerce por hacer efectivos y bondadosos los cuidados necesarios. Los atributos racionales tranquilizadores –como, por ejemplo, la organización temporal o el relativo control del cuerpo– que les permitirían desplegar ciertos recursos frente a las contingencias de la vida diaria les son completamente ajenos. El temor o la tristeza, cuando el niño conecta con sensaciones como éstas u otras, adquieren para él dimensiones cósmicas. Es entonces cuando las figuras maternas son de extrema necesidad y provecho para el niño, ya que contienen (ponen unos límites) y apaciguan al self infantil. Esta función de lo materno, será conocida entre los discípulos de Klein como *la reverie de la madre*³⁹; concepto de ecos poéticos que alude a la capacidad de contención y transformación nutricia de las ansiedades del infante por parte de sus cuidadores.

Las sensaciones de radical dependencia respecto de un entorno desconocido, así como las dosis de ansiedad que conllevan, suelen ser mitigadas a través de fantasías omnipotentes de control. Algo que, siguiendo a Freud, la propia Klein denomina *mecanismos de defensas*:

Parece que no existe ningún aspecto de la vida mental que en los estadios tempranos no sea utilizado por el yo como defensa contra la ansiedad. También la tendencia a reparar, utilizada en un principio en forma omnipotente, es transformada en defensa⁴⁰.

el caso de Nina Searle, Joan Rivière, Susan Isaacs, que llegaba al psicoanálisis desde la actividad educativa o Donald Winnicott, desde la pediatría. Hannah Segal, Klein, William Collins Sons & Co., Glasgow, 1979 p. 47. Se puede encontrar la traducción al castellano hecha por Mónica Quijada Mauriño en <http://www.scribd.com/doc/6608085/Segal-Hanna-Melanie-Klein>, (24/7/2009).

³⁸ Por memoria roja o predatoria entendemos, con Javier Roiz, a la función voluntaria del recuerdo que –especialmente en la modernidad donde pasado y posesión se asimilan– es percibida como una cazadora de objetos mentales. Sobre este punto ver Roiz, *El experimento moderno*, p. 56.

³⁹ Para una aproximación a las potencialidades de este concepto y de su importancia en el establecimiento de las facultades del pensamiento tanto en el niño como en el adulto, puede consultarse Wilfred Bion, “Attacks on Linking” en *Second Thoughts. Selected Papers of Psychoanalysis*, Maresfield Reprint, London, 1984, pp. 93-109.

⁴⁰ Klein, *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé*, pp. 182-190. Los procesos psíquicos que la autora describe como defensas del yo incipiente merecerían en sí mismos un análisis político mucho más profundo del que aquí puedo darle. Algunos de ellos, como los de escisión, negación (represión) y reparación forman parte de la analogía entre la formación de la mente individual y la conformación del pensar político. De igual manera, dispositivos más concretos como los de la identificación proyectiva –entendiendo este concepto como la necesidad del agente de depositar o expeler hacia el afuera lo que percibe como desintegrador o mortalmente peligroso en su interior– o la introyección de objeto, fueron investigadas al nivel grupal, durante la vida adulta, por Wilfred Bion. La obra de Bion resulta profundamente estimulante para el politólogo ya que, a partir sus experiencias con grupos terapéuticos, formula ciertas hipótesis de radical originalidad. Según este autor, el individuo adulto que se incorpora a un grupo revive las mismas sensaciones inconscientes de despersonalización respecto al cuerpo de la madre experimentadas

Una asamblea de objetos mentales

En otras palabras, los bebés y los niños de la *polis* serían *pura letargia*. Vienen de este mundo del sueño, de fantasías previas al lenguaje verbal –de ahí su extrema radicalidad– en donde la ausencia de límites fusiona constantemente los contornos de los objetos y las personas del entorno⁴¹. El bebé no percibe ni la idea ni la sensación de límite y tardará muchos años en aprehenderlos. Es, podríamos decir, *un ciudadano que no reconoce fronteras*. Tal vez la imagen que nos ayude a comprender mejor este estadio de la vida, antes que la de la tierra sea la del océano matricial.

A través de este sentimiento oceánico –en el que el *self* del infante todavía se encuentra muy desintegrado y confundido– los cuidadores maternos y el propio niño vanacompañando experiencias, estableciendo pequeñas pero importantes rutinas, dando salida y ventilando suavemente las contingencias del cuerpo y de los afectos la vida diaria. Y esto implica que el recién nacido va poco a poco incorporando mentalmente⁴² una serie de objetos que lo ayudan a *individualizar* su *self* a partir de la confianza, la estabilidad y el amor del ambiente. Individualizar no quiere decir aquí reprimir o desmentir sus fantasías⁴³ ni escindirlo violentamente del entorno difuso, sino más bien permitir que el niño incorpore una serie *de objetos buenos*, desde los primeros alimentos, hasta las sensaciones de calor, amparo y protección que el bebé puede asociar al pecho de la madre, como objeto parcial, *hasta la representación de su persona íntegra (o la de sus cuidadores) en el interior*⁴⁴.

Desde el punto de vista político emergen aquí dos cuestiones clave. La primera, directamente relacionada con lo anterior proviene de la co-propiedad y co-autoría entre el *self* del niño y el de sus cuidadores, co-autoría que, al tiempo que permite sobrevivir a las experiencias de desvalimiento y omnipotencia que el recién nacido atraviesa al inicio de su vida, *también introduce la semilla de lo político en su espacio interno*. Este espacio, que en un principio emerge como un océano rico, proveedor de increíbles tesoros, que guarda en su seno los secretos de la vida; pero que por su infinitud e inefabilidad puede comportarle al yo profundas dosis de angustia y ansiedad

por su *self* infantil. Ver Bion, *Experiences in Groups and Other Papers*, Tavistock/ Routledge, Bristol, 1961, p. 141 y ss.

⁴¹ Klein, *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé*, p. 184.

⁴² Incorporar para sí no sería quizás la expresión adecuada; ya que ni el bebé ni el niño son propietarios absolutos de su *self*. En todo caso el infante va co-participando, junto con sus cuidadores maternos, en la fundación de su individualidad. Ver Roiz, *El experimento moderno*, p. 105.

⁴³ Muy por el contrario, el niño necesita especialmente de imaginaciones benignas, tales como cuentos o relatos fantásticos, que le ayuden a comprender a su modo cómo abrirse camino en el mundo de gigantes al que ha llegado. Sobre los usos del encantamiento en los niños a través de los cuentos infantiles, puede consultarse: Bruno Bettelheim, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, traducción de Silvia Furió, Ares y Mares, Barcelona, 2006.

⁴⁴ Klein, *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé*, p. 187.

de las que necesitará sentirse protegido, no desaparecerá con la adultez. Aquello que Freud había denominado Ello o *id*, no reconoce la ordenación del tiempo. Y, por tanto, ni la vulnerabilidad, ni los temores ancestrales profundos⁴⁵, ni las fuentes creativas del niño caducan con el crecimiento.

Un segundo aspecto, fuertemente relacionado con los temores propios de la infancia política, son aquellas *necesidades ancestrales* con las que co-linda. Así como el temor a la intemperie puede provocar en el *self* del ciudadano un anhelo desmedido de fusión o retorno al estado matricial (cualquier asociación libre con los vocabularios de la patria y la nación no estaría de más en este caso), el terror ancestral a la dispersión, fragmentación o muerte psíquica (o locura) del *self* genera en cierta forma las necesidades de abrigo, protección y continuidad que produce la identidad, en especial la identidad con el grupo político.

Políticas del abandono y políticas de la reparación: Edipo tirano y Telémaco

A pesar de que Freud estaba convencido que el camino de la psicoterapia debía transitar la *via di levare y no la via di porre*⁴⁶, el denodado efecto de implantar en el *self* de los otros elementos propios –generalmente identificaciones proyectadas desde la angustia– pronto se mostró como un legado indeseable entre las diferentes facciones y corrientes psicoanalíticas en pugna por la sucesión del maestro. Melanie Klein había abierto una brecha importante en la senda freudiana⁴⁷ con su estudio de los primeros estadios del *self* de niños y bebés, puesto que –a través

⁴⁵ Miedos ancestrales como, por ejemplo, la falta de cobijo o amparo producto de la experiencia, generalmente traumática para el bebé, del nacimiento. Un segundo terror ancestral podría ser descrito como el pánico a la desintegración del *self* o, lo que sería equivalente, al estado de indiferenciación con los objetos mentales introyectados por el yo incipiente del niño. Como sostienen dos analistas kleinianos: “En el comienzo de la vida se confunden tanto las fuentes directa e indirecta que dan lugar a la representación del *self*, cuanto las percepciones que dan lugar las representaciones de objeto. Al no estar diferenciadas las representaciones del *self* de las representaciones de objeto, tampoco lo están las nociones de mundo interno y mundo externo que se asientan, naturalmente, en una clara discriminación en el yo de ambos tipos de representaciones. Este estado primitivo de indiferenciación es un punto regresivo al cual se vuelve en la enfermedad psíquica, perdiéndose la diferenciación lograda entre el *self* y objetos, entre mundo interno y mundo externo, entre realidad y fantasía”. León y Rebeca Grinberg, *Identidad y cambio*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 31. Decimos que estos miedos al desamparo y a la fragmentación (o muerte psíquica, o locura) son ancestrales en la medida que se derivan de situaciones constitutivas de la formación del *self* y que, por tanto, permanecen intactos en el *id* o Ello. Es posible que vuelvan a emerger en la vida adulta del ciudadano a partir de condiciones amenazantes específicas del entorno externo o a partir de desequilibrios propios de su ciudad interior.

⁴⁶ Estas dos expresiones que provienen de la vida artística y son atribuidas a Leonardo Da Vinci son recogidas por Freud y señalan uno de los cruces entre psicoterapia y arte. Es una distinción que, sugerimos, también merece una profunda reflexión desde la teoría política. Comenta Rogeli Armengol que: “Por la *via di levare* se entendería de una manera concisa y sencilla el propio método psicoanalítico (...). Freud recomienda, expresamente, la prohibición de colocar algo propio en la mente del paciente. Tal proceder sería actuar por *via di porre*. Por consiguiente, la actitud analítica sería la contraria: apoyar y ayudar a que el paciente se abra y pueda hablar de su intimidad, levantar los diques de la vergüenza, del miedo, etc.”. Armengol Millans, “La técnica de Kohut y el psicoanálisis del futuro” en: Kohut, *Los dos análisis del Sr. Z*, Herder, Barcelona, 2002, p. 192.

⁴⁷ Los descubrimientos sobre los que Klein teorizó produjeron fuertes resistencias en el seno de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Hacia finales de los años treinta, un cambio en la composición de la Sociedad tuvo

de la nueva importancia que cobraba para el recién nacido la figura materna y los primeros cuidados— el factor político-ambiental cobraba una primacía inusitada en detrimento del famoso y arrollador *complejo de Edipo*, hasta el momento postulado como universal. Aunque durante su vida Klein nunca llegó a poner en duda el tortuoso rumbo que podían tomar las relaciones intergeneracionales respecto de las primeras identificaciones hijo-padre; abrió un importante paréntesis al desplazarlas hacia delante⁴⁸ y dedicarse de lleno al estadio previo, *en donde el niño es uno con su madre* y, a la vez, la madre (o quien desempeñe la función materna) es la representante y contenedora del mundo exterior *entero* para el niño.

Para la tradición ortodoxa del psicoanálisis el complejo de Edipo, como forma universal de elaboración de las relaciones entre distintas generaciones, son palabras mayores. Y no sorprende que la calidad retórica con la que Freud introdujo sus teorías, apelando al mito y la tragedia como forma de llegar muy hondo en la mente del auditorio, terminara por desbordar el espacio especializado del psicoanálisis y se convirtiera en parte del vocabulario del *ciudadano contemporáneo*. Hoy no nos resulta extraño escuchar por los pasillos de las facultades, y *demás instituciones*, que alguien “ha matado a su padre”, o que “nunca críes cuervos pues te arrancarán los ojos”. Tal y como anticipamos al principio de este ensayo, según nuestra lectura, no es éste el efecto político de una potente teoría psicológica; sino que, por el contrario, se trataría de expresiones y formas de explicar el mundo que revelan la profunda pregnancia psicológica de un problema que es, genealógicamente, político.

Pero, ¿qué hay en Edipo de magnético? Una de las primeras impresiones cívicas que sobrevienen al acercarnos a la tragedia de Sófocles, es que —a pesar de las discusiones sobre el título de la obra⁴⁹— Edipo se comporta como un tirano antes que como un rey⁵⁰. Por un lado, se

lugar con la llegada a Londres de los analistas procedentes de Berlín y Viena. Entre ellos estaban Sigmund Freud, y su hija Anna, que venían escapando de los nazis. Las acusaciones a Klein, a la que cada vez se la percibía como más al margen de la línea abierta por Freud, arreciaron y se focalizaron en torno a la polémica mantenida por Klein y Anna Freud, que mantuvieron durante un tiempo al grupo casi al borde de la escisión. Finalmente, se llegó a un acuerdo para que cada una de las partes estuviese representada en los cuerpos administrativos y pedagógicos de la Sociedad. Se consolidaron así tres grupos, encabezados por Klein y Anna Freud como las partes discordantes y un tercero como mediador entre ambos concentrado en torno a Donald Winnicott. Segal, Klein, pp. 58-71.

⁴⁸ Sobre este punto puede consultarse Klein, “La vida emocional y el desarrollo del yo del niño, con especial referencia a la posición depresiva”, *Psicoanálisis APdeBA*, vol. XVII, n. 3, (1995) pp. 529-583. Este artículo es una traducción de Cynthia Seiguer de la publicación editada por Pearl King y Ricardo Steiner, *The Freud-Klein Controversies*, Routledge, London, 1991. Allí Klein explica en detalle lo que ella considera como característica esencial de las relaciones objetales tempranas en el niño y su distancia respecto a las investigaciones de Anna Freud, a la que le atribuye: “[no tomar en cuenta] la fuerte y emocional relación con la madre como persona, que es claramente observable desde al menos el comienzo del segundo mes. Así de precozmente demuestra el niño interés en la madre más allá del proceso de alimentación (...) La comprensión y el contacto cercano entre la madre y el niño (...) la forma en que el niño reacciona y responde a las actitudes y sentimientos de su madre, el amor y el interés que demuestra, constituyen una relación de objeto”, *Ibid.*, p. 535.

⁴⁹ Aparentemente, Sófocles tituló *Oidipos* (Edipo) a su tragedia y copistas posteriores le agregaron *týrannos* (tirano). Al formar parte de la cultura oral y mitológica griega, Edipo ya aparece mencionado por Homero en la *Odisea* junto a su madre Epicasta, posteriormente Yocasta (que significa hija sobresaliente). Si bien parece poco relevante si la tragedia se tituló Edipo, a secas, o Edipo tirano; pues en ambos casos se mantiene un

dirige de forma falsamente paternal hacia sus suplicantes con toda la carga narcisista que ello implica. Por el otro, la ciudad agobiada por la peste, casi una metáfora de la decadencia política, está en peligro y sus habitantes se dirigen a su líder revistiéndolo de carisma sobrehumano:

“Pues fuiste tú, cuando viniste a esta ciudad de Cadmo, quien nos libraste del tributo que pagábamos a la Esfinge, y esto lo hiciste sin haber sido informado por nosotros ni haber recibido ninguna instrucción. Tebas piensa y proclama que sólo con la ayuda de alguna divinidad conseguiste enderezar el rumbo de nuestra vida...”⁵¹.

Cierto es que a Edipo se le encarga una *tarea cívica*⁵²: se le pide que restablezca el equilibrio de la ciudad a través de la escenificación de un juicio. Hasta que un viejo crimen no encuentre alivio y la verosimilitud de los acontecimientos desgraciados no sea restaurada a partir de la investigación y el juicio público, Tebas continuará arruinada⁵³. Que el matador de Layo, antiguo rey de Tebas, fuese el propio Edipo, su hijo biológico, y la forma en la que este hecho se revela –sin el conocimiento consciente del protagonista hasta el final de la obra– ha dado lugar a la interpretación corriente del destino como fuerza implacable y cadena de acontecimientos de la que ningún mortal puede, a la postre, escapar. La lectura fatalista, a la que el propio Freud se apunta al inscribir *como pulsión en todos y cada uno de los ciudadanos* el complejo imaginario de un tirano parricida como fuerza primaria no consciente de las relaciones humanas, nos resulta hoy un poco tenebrosa.

Es igualmente sugestivo que de las habituales lecturas fatalistas del mito edípico, un dato clave de la obra no haya sido tomado en consideración. Como señala Heinz Kohut:

Llama la atención que nadie, al menos por lo que yo sé, haya señalado de una manera clara una característica del mito edípico que se refiere a la relación entre generaciones (...) Es como si los analistas hubieran invertido su habitual punto de vista al analizar *Edipo Rey* y tomaran así el

rasgo esencial de la personalidad de su protagonista; consideramos que no sería adecuado titularla, como muchas veces se hace, Edipo Rey. Ricardo Moscone mantiene que: “Si el título Edipo tirano fue colocado por Sófocles, suponemos que quiso destacar que el drama ocurrió mientras Edipo gobernaba Tebas y la importancia de la tiranía en la tragedia. Si fueron los copistas posteriores quienes adicionaron el término tirano al título Edipo, querrían resaltar lo mismo y a la vez diferenciarla de la homónima posterior conocida como Edipo en Colono (...) Pero si se la modifica, como muchas veces se hace al traducir el título ‘Edipo rey’ recurriendo a un sinónimo que posee otras características, se induce a que el lector que no coteja con el texto en heleno, se vea llevado a disminuir la importancia del término ‘tirano’ en la tragedia”. Moscone, “Edipo tirano de Sófocles: la tiranía es la peste”, en <http://www.bioeticaclinica.com.ar>, (7/7/2009), p. 7.

⁵⁰ Cuando Edipo sale por primera vez a escena se dirige en un tono altanero y narcisista a la población de suplicantes como a sus hijos: “¡Oh hijos, descendencia nueva del antigua Cadmo!”. Como destaca Moscone: “Si se hace equivalente al rey como padre legítimo, la tiranía lo sería del padre adoptivo. Edipo fue adoptado como tirano por los tebanos. El tirano es el parricida que usurpa el lugar del padre”, *Ibidem*. Por otro lado, a lo largo de la obra y a medida que Edipo vaya desplegando su ira contenida, Creonte le irá encarando como un ciudadano valiente ante un gobernante desmesurado: “Caracteres como el tuyo –le dice– difícilmente se soportan a sí mismos”. Sófocles, *Edipo Rey*, Pehuén Editores, Santiago de Chile, 2001, p. 20 y también: “Yo también soy de la ciudad, Tebas no es sólo tuya”, *Ibid.*, p. 18.

⁵¹ *Ibid.*, p. 4.

⁵² Roiz, *Sobre la tolerancia en la sociedad vigilante*, p. 104.

⁵³ Es Creonte, cuñado de Edipo, quien trae el mensaje del oráculo: “Voy, pues, a repetir lo que oí de boca del dios. El rey Apolo nos ordena expresamente lavar una mancha que ha sufrido este país y no dejarla crecer hasta que no tenga remedio”. Sófocles, *Edipo Rey*, p. 6.

contenido manifiesto –el parricidio y el incesto– como si fuera la esencia e ignoran en cambio un dato calve (...) Que Edipo fuera un niño rechazado, ¿no tendría que ser la característica dinámico-genética más importante de la historia...? (...) Al poner la atención en esta parte de la historia ¿podemos ver el complejo de Edipo (...) de una forma diferente?⁵⁴.

Sinceramente, entendemos que sí. Que el hecho de que Edipo sea un nene abandonado y no reconocido por sus padres es un elemento simbólico de importancia micropolítica para la teoría del gobierno del ciudadano. Aunque nos resulte doloroso, es importante admitir la larga tradición de políticas del abandono de la que descendemos⁵⁵: si bien no se los mataba al nacer, la cultura helénica estipulaba un plazo de cinco a siete días donde el padre disponía de forma tiránica de la vida del bebé recién nacido⁵⁶. Entre los significados psicológicos de este rito nefasto de inclusión a la *polis* destaca un autor “el hacer que la paternidad sea producto de una decisión consciente”⁵⁷; sin embargo su implicación política refuerza no sólo el poder tiránico del padre sobre la vida del recién llegado sino también la suspensión de los primeros cuidados maternos para el niño. Que esto era lo habitual queda bastante bien reflejado en la tragedia de Sófocles por el simple hecho de que en toda la obra no hay condena alguna del abandono de Layo y Yocasta: ni siquiera Edipo protesta o se enfada cuando por su propia madre se entera que ella lo entregó a un pastor-esclavo para que lo dejara a su suerte en el páramo.

Así las cosas, nos permitimos aventurar la hipótesis de que parte de nuestra propensión a explicar la violencia micropolítica en términos edípicos –nuestra tendencia a interpretar la ciudad interna de las personas como campos arrasados por la competencia, los celos y la destrucción *innatas* al ser humano– se fundamenta en buena medida en el carácter abandonico y desamparado que subyace a la personalidad tiránica. De alguna forma son estos elementos los que contribuyen a incrementar su seducción. Pero, ¿es ésta una percepción acorde con la complejidad y pluralidad de nuestros espacios públicos internos? O dicho de otra manera: ¿resulta legítimo introducir por la puerta trasera de la política –la puerta del instinto y del *homo natura*– la explicación de los conflictos y la justificación de las represiones que cobran vida en el espacio público de nuestra ciudad interior?

Decía Heinz Kohut que una de las principales virtudes que Freud ostentaba era la de saber transmitir las nociones más difíciles y complicadas de sus teorías científicas a partir del relato de

⁵⁴ Kohut, “Introspección, empatía y el semi-círculo de la salud mental” en *Los dos análisis del Sr. Z*, p. 181.

⁵⁵ Jean Jacques Rousseau, por ejemplo, llega a cavilar sin prurito que “un niño abandonado en un bosque antes de poder andar, y alimentado por cualquier bestia, habrá seguido el ejemplo de su nodriza al ejercitarse en andar como ella, y la costumbre le habrá podido dar facilidades que no le venían de la naturaleza; y así como los mancos llegan a hacer con los pies todo lo que hacemos con las manos, habrá llegado finalmente a emplear las manos en las tareas de los pies”. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, Libsa, Madrid, 2001, p. 143.

⁵⁶ Las llamadas anfidromias (cuya etimología equivaldría a correr alrededor) consistían en un tipo de ceremonia en la que, luego del plazo mencionado, se llevaba corriendo en torno al hogar al niño abandonado. Con ello se significaba que el recién llegado era aceptado por su *oikos* y por el conjunto de la comunidad y que, a partir de ese momento, el padre perdía el derecho de eliminar a su hijo. Moscone, “Edipo tirano de Sófocles: la tiranía es la peste”, p. 10.

⁵⁷ *Ibidem*.

mitos y metáforas que las ejemplificaban⁵⁸. Y que cualquier crítico que deseara cuestionar sus puntos de vista no podía limitarse a la argumentación lógica o la presentación de evidencias clínicas, puesto que esto no era suficiente para desmontar “la terminología succulenta y profundamente evocadora de Freud”⁵⁹. Algo así como admitir que los misterios de la retórica son en buena medida más profundos y ciertamente tan verosímiles como nuestras elaboraciones razonadas de los fenómenos que intentamos comprender. Es así que, para poder neutralizar la seducción del mito edípico, el propio Kohut necesitó recurrir a otro encantamiento; esto es a la historia de Ulises y su hijo, Telémaco.

Es éste el relato, según Kohut cuenta con dulzura y humor, del primer objetor del servicio militar en la historia de la literatura⁶⁰. Cuando los griegos comenzaron a organizar su expedición bélica a Troya acudieron a Ulises para que se les uniera. Por ese entonces, Ulises, un gobernante joven pero en el que ya despuntaba la madurez, lo era todo menos un apasionado guerrero. Tenía una esposa también joven, de la que estaba enamorado y un hijito bebé, Telémaco, que acababa de nacer. Para evadirse del amargo envite que Agamenón, Menelao y Palámedes le proponían, Ulises urde una pequeña treta con el fin de escapar a la encerrona: recibe a sus emisario mientras simula arar la tierra con un buey y un asno atados, camina echando sal hacia atrás –como si no mirase donde siembra– lleva un sombrero ridículo y finge no conocerlos, simulando así haber perdido el juicio. Pero Palámedes, que sospecha que Ulises estuviera verdaderamente loco, arrebató a Telémaco de los brazos de sus cuidadores y lo arrojó delante del arado. Fue entonces que Ulises, para evitar dañar al bebito, trazó espontáneamente un semicírculo: con ello admitía que no había perdido el entendimiento al mismo tiempo que reconocía que había fingido para evitar ir a la guerra. Kohut extrae de este episodio una metáfora sobre las relaciones intergeneracionales de la *polis*. A partir de entonces, mencionará *el semi-círculo de la salud mental*, como forma de invocar la posibilidad real en el *self* del ciudadano:

De la gozosa consciencia que tiene el ser humano de ser temporal, y de tener un destino por desarrollar: un principio de preparación, un intermedio de florecimiento y un final retrospectivo; un símbolo adecuado del hecho de que el ser humano sano siente, con la alegría más profunda, a la siguiente generación como la extensión de su propio *self*⁶¹.

Que Ulises trace ante su hijo un semi-círculo –y no un círculo cerrado o hermético– podría interpretarse como una metáfora de la reparación y el cuidado. El semi-círculo, por su propio carácter indeterminado y abierto no suprime las posibilidades de daño, ni aísla al infante de forma controladora y aséptica. Por el contrario, es un movimiento ecléctico, que intenta evitar el sufrimiento sin clausurar las contingencias del mañana (de hecho, Ulises fracasa en su treta, y a pesar de la calidad de su ingenio, termina por ir a la guerra). En cierto sentido, es una acción opuesta a la que emprende Layo, el padre de Edipo, quien cuando es prevenido por el oráculo

⁵⁸ Kohut, “Introspección, empatía y el semi-círculo de la salud mental”, p. 175.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 177.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 179 y ss.

⁶¹ *Ibid.*, p. 180.

decide abandonar a su hijo en el páramo y de esta forma omnipotente y destructiva trampear al destino.

Con el semi-círculo de su arado, Ulises escenifica una acción de protección con respecto a Telémaco y de reparación con respecto a la política. Se podría argumentar que los alcances del acto de este padre protector terminan donde acaba la vida privada de los ciudadanos. O que los avatares de la infancia y los cuidadores que a cada uno le han tocado en suerte no conforman sino los espacios íntimos de la ciudadanía, que son como habitaciones muy distanciadas de aquello que sucede en *el salón principal* de lo público. Se pasa por alto que la infancia es una categoría política en sí misma y que no se reduce a los niños de la ciudad⁶²; al menos no para la tradición retórica del pensamiento político, en la cual nos hemos permitido incluir a maestros como Freud, Klein o Kohut.

La infancia es, desde esta perspectiva, algo más que el receptáculo de la ciudad futura. De alguna forma, la infancia, el espacio *atemporal* de la vida humana donde ni la voz ni *el logos* se han manifestado aún, alberga todas las posibilidades indeterminadas. No sólo porque le sea consustancial la ausencia de límites, sino porque en ella late muy próxima *la natalidad*, posiblemente la categoría central de la política⁶³ creativa, según una pensadora, curiosamente, muy poco amiga del psicoanálisis⁶⁴. De ahí la trascendencia de la acción política de Ulises, cristalizada en el semi-círculo imperfecto de su arado: toda una imagen reparadora de la libertad y la vulnerabilidad encarnada en Telémaco, el frágil ciudadano que alberga la promesa de la continuidad de la *polis*.

⁶² Los infantes, como dijimos, no son en la ciudad sólo aquellos que no tienen capacidad de fonación. Tan sólo nos basta con reflexionar sobre el papel de las mujeres y los esclavos en la *polis* griega; por no mencionar el papel de los extranjeros y ancianos en nuestra ciudad contemporánea. En todos ellos hay mucho de infantes. Como lo hay también en el mundo interno del ciudadano adulto, cuando éste se muestra reticente y receloso de darle a su propio *self* y al de sus congéneres isegoría. Sobre este punto, puede consultarse: Javier Roiz, "Hannah Arendt como teórica de la política", *Daimon, Revista de Filosofía*, n. 26, 2002, pp. 141-157.

⁶³ Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, p. 36.

⁶⁴ Como es sabido, Hannah Arendt establece una suerte de analogía entre la natalidad y la esfera de la acción, campo honorífico de la política. Con la imagen del nacimiento Arendt intenta rescatar las cualidades profundamente creativas, y también irreversibles –propias de esta esfera– como forma radicalmente distinta de los procesos de la labor y del trabajo. Si bien Arendt se cuida mucho de mezclar el mundo de la acción política con el mundo de la infancia –en cierto sentido, para ella, la fundación de la *polis* excluye a los infantes– sí cabe esperar que la vida política irá incorporando paulatinamente a estos habitantes del *oikos*. Y no es irrelevante que ella plantee este pasaje a partir de la educación. Éste es un tema que interesa a Arendt profundamente, ya que aunque establezca distinciones protectoras para cada uno de estos ámbitos, observará que en todos ellos natalidad y autoridad aparecen como categorías interrelacionadas. Ver, Arendt, "¿Qué es la autoridad?", pp. 146-147, 166-167, 185-186, 188-189 y "La crisis en la educación", pp. 273-275, 279-280, 287-288, 293-295 en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, traducción de Ana Poljak, Península, Barcelona, 1996.



www.icps.cat